

Premios Investigación José María Soler

Premios de Iniciación

Modalidad A. 1º y 2º E.S.O.

Accésit

Autor: Mario Espinosa Navarro

HOTEL ALICANTE: LA HISTORIA DE  
NUESTRA CASA

**Desde que era bien pequeño he escuchado en numerosas ocasiones muchas historias, anécdotas, vivencias que mi abuelita “Manín” me contaba –todavía sigue haciéndolo- de su querida casa, “El Hotel Alicante”. He tenido la suerte de saber que la vida de mi abuela ha sido muy dura a la misma vez que afortunada. Difícil, debido a que ha tenido que afrontar la pérdida de un marido y tuvo que mantener a cuatro hijos y un hotel. Próspera, debido a que no le ha faltado nada nunca, teniendo comida en los peores momentos y una gran casa donde vivir.**

**Muchos viernes por la tarde me he reunido con ella en su casa y me ha contado cómo fue su vida en el hotel, cómo vivió su infancia y su juventud, qué generaciones vivieron en él, cómo era, sus reformas, las personas que allí se alojaron,...**

**Esta es la historia biográfica de mi abuela -escrita en primera persona,- la cual cuenta su vida en el “Hotel Alicante”.**

Me llamo Mariana Lidó Catalán. Nací el 18 de noviembre de 1931 en una posada, la cual era de mis abuelos, y fui la tercera de mis hermanos. En 1928 nació mi hermana, llamada María Jesús, y en 1927 nació mi hermano José. Tuve una infancia buena y fui a escuelas nacionales. Asistí al colegio que se encuentra ahora en el edificio de “Mercadona” de la Plaza de las Malvas y terminé los estudios en esta escuela debido a que, antiguamente, solo te daban una enciclopedia en la cual estaba toda la cultura que tenías que saber. Yo tenía algo más de conocimientos debido a que mi padre era maestro. Siempre me he criado en un ambiente de gente que hablaba bien, por lo que, a menudo que oía una palabra que estaba mal dicha, decía que esa palabra era incorrecta y me costaba mucho escucharla. Mi padre, que fue director de las Escuelas Nuevas, se llamaba Ezequiel Lidó Ibarra y se casó con mi madre, Juana Catalán Martínez. Mis abuelos maternos se llamaban José y Mariana, y mis abuelos paternos, Sebastián y María Jesús.



*Mis abuelos: José y Mariana*



*Boda de mis padres*

Cuando éramos pequeños, jugábamos en el patio de la posada. Mis amigos se venían a jugar al pajar de mi casa debido a que teníamos una vivienda muy grande. Nos entreteníamos con un columpio de anillas que construyó un mozo que teníamos llamado Vicente. Incluso, jugábamos con los animales que allí estaban: cochinos, pavos, gallinas, palomas,... Y cuando bajábamos, nos íbamos a la canal para quitarnos el polvo de la paja.

Pero, en 1936, llegó la Guerra Civil a Villena y fue cuando nos incautaron parte de las habitaciones de la posada. Vino “la remonta” de los italianos, que era la caballería, y también se apropiaron de las cuadras. ¡Qué hambre no tendrían las mulas que se comieron hasta la madera de los pesebres de la cuadra! También nos trajeron a unos presos que metieron en un almacén que teníamos en el hotel de mi padre donde almacenaba frutas ya que mi abuelo era Asentador de Frutas y Hortalizas. Mi madre fue a echar unos panes para que comieran un poco los presos y el guardia de los reclusos le dijo que no volviera a hacerlo porque la encerrarían a ella también y nunca más les

llevó nada. Este almacén, después de la guerra, fue utilizado para hacer la matanza de los animales.

Durante la guerra, como mi padre era republicano, lo metieron en la cárcel porque vino la Dictadura de Franco. La prisión estaba en el Cuartel de la Guardia Civil y con mi padre estuvieron también presos don Ángel Llácer, que era médico, y don José María Soler García, trabajador de Correos, siendo él, en el 1936, Jefe en Villena. Mi padre estuvo unos seis años en el calabozo: primeramente, en Villena; luego, lo llevaron a Monóvar y, finalmente, lo trasladaron a Alicante. Cuando terminó la guerra, a estos tres hombres se les desposeyó de su puesto de trabajo y no pudieron volver a ejercer: mi padre nunca más fue maestro ¡Con lo que le gustaba enseñar...! Incluso, había aprobado las oposiciones en el año 1919 en Madrid, consiguiendo su título de profesor firmado por Alfonso XIII. Así pues, mientras que mi padre estuvo en la cárcel, la que se encargaba de toda la posada era mi madre.

Un día nos acercamos a ver a mi padre a la cárcel de Monóvar. Era el día de Nochebuena. Cuando quisimos regresar a Villena, fuimos a la estación de ferrocarril de Monóvar, pero ya no quedaban trenes para volver. Entramos a una cafetería y los dueños nos acogieron para que pasáramos la noche en su bar; sin embargo, sobre las 12 de la noche, un señor de Villena que estaba allí, les dijo a los dueños de la cafetería que no se podían quedar una señora y una niña pequeña en ese lugar, que rápidamente iba a coger su coche y que nos traería a Villena. Y así fue. Por aquellos entonces, la mayoría de la gente era buena.

Cuando a mi padre lo liberaron de la cárcel, como no podía seguir ejerciendo de maestro, se quedó en la posada llevando las cuentas. Mi madre, por su parte, guisaba, limpiaba,... y yo seguía yendo al colegio y, aunque no me gustara, siempre llegaba la primera. Ese tiempo, para mí, fue bueno porque no nos faltaba nada para vivir, fui muy afortunada para lo que la gente pasaba después de una guerra.



*En mi juventud*



*Vestida de sevillana*

Al cumplir los 15 años, empecé a hacer unos cursos de bordado en la *Singer* e hice el ajuar de mi hermana y el mío.



En el año 1948, el año de la Coronación de la Virgen de las Virtudes, conocí a mi novio llamado Rafael Espinosa Milán. Él nos pretendía a una amiga y a mí a la vez. Empezamos a quedar para ir a la feria y nos montábamos en los coches de choque, paseábamos, bailábamos,... Ese año, cuando iban a llegar las fiestas de Moros y Cristianos, por ser el año que era de la Virgen, adornaron muchas calles de Villena con guirnaldas, farolillos, lámparas y flores. Todos los adornos

*Rafael y yo de novios*

los hicieron

manualmente las mujeres de cada barrio de Villena y la calle Trinidad parecía la Mezquita de Córdoba. Cuando se terminaron las fiestas de Moros y Cristianos, formalizamos nuestro noviazgo.

Mi novio se fue al servicio militar de voluntario y estuvo sirviendo en Alicante en aviación. Como yo tenía familia allí, iba a casa de mis parientes y así podíamos vernos. Al finalizar la "mili", empezó a trabajar en la oficina de la

fábrica de zapatos de la familia Cristóbal Alcaraz. Después, estuvo trabajando en un almacén de curtidos. En total, fuimos novios nueve años.

En 1957 nos casamos y nos fuimos a vivir a un piso de alquiler y, posteriormente, a otro en la Calle Nueva, el cual era sencillo pero suficiente para seguir adelante. Vivíamos muy felices, trabajando y disfrutando lo que podíamos. Al año de estar casada nació mi hija mayor, Ana Mari, en un parto muy doloroso. Dos años después, nació mi segunda hija, Juani, y, luego, Roberto, en 1961. La alegría que se llevó mi marido fue tan grande que lo contó a todos los médicos del ambulatorio. ¡Por fin, había tenido un hijo! Todos los fines de semana mi marido, cuando yo arreglaba a mis hijos, se los llevaba a pasear por Villena y, después, se iban al “Bar Alcira” a tomarse un aperitivo.



*El día de mi boda*



*Rafael con mis amigas*

Llegó el año 1963, año en el que yo estaba en estado de mi cuarto hijo. Estaba embarazada de ocho meses cuando mi marido, el 20 de junio, fue a las ciudades de Villajoyosa y Elda para comprar unas pieles y vender unos zapatos, llevando el coche un compañero suyo debido a que él no sabía conducir. En una de las rectas de la carretera al conductor se le fue el volante y chocó contra un sifón de agua. Rafael se pegó un golpe en la cabeza y murió instantáneamente. Su compañero nada más se fracturó el brazo. En el accidente,

buscaron su documentación para saber quién era y poder avisar a la familia. Curiosamente, llevaba un reloj de oro, que estaba pagando poco a poco, el cual desapareció. Parece ser que los policías que se encargaban de llevar el cadáver al depósito se lo sustrajeron.

La Guardia Civil informó a la familia de lo sucedido. En un principio, la policía, al decir que el fallecido tenía relación con el Hotel Alicante de Villena, se pensaba que era mi hermano pero, cuando vino la benemérita a mi casa a dar el aviso, le dijeron al guardia del Hotel que el cadáver era el de Rafael Espinosa Milán, mi marido. Entonces, tuvieron que avisar a mi hermana de lo sucedido para que no me sobresaltara demasiado al avisar a tan intempestivas horas. Ella no pudo dormir en toda la noche pensando en mí.

A la mañana siguiente, me dijeron que Rafael había tenido un accidente pero que no había muerto. Me preparé ropa para cuidarlo y cambiarlo, y nos fuimos a Villajoyosa donde vivían los dueños de los *Chocolates Tonda*, clientes del hotel, los cuales se habían enterado de la noticia. Me dijeron que fuéramos a su casa y ellos, y todos sus vecinos, tras enterarme de la trágica noticia, nos tranquilizaron y nos dieron todo lo que necesitamos para poder pasar ese trance tan malo. Incluso las vecinas fueron a lavar el cuerpo de mi marido para que no pasara por lo que le había sucedido a un familiar de los dueños de la fábrica chocolatera, que era pescador. Cuando fui a ver a mi marido, solamente llevaba una herida en la cabeza.

Gracias a Dios, mi último hijo, Rafa, nació al mes siguiente del accidente y, gracias a su nacimiento, pude sobrellevar la muerte de mi marido.

Por la situación que tenía, viuda y con cuatro hijos, tuve que volver a vivir al hotel con mis padres y a trabajar en la casa para seguir adelante.



*Mis hijos: Juani, Rafa, Roberto y Ana Mari*

El hotel donde he vivido tiene mucha historia. Los fundadores fueron mis abuelos: José y Mariana, quienes, a finales del siglo XIX, compraron una antigua posada por 35.000 pesetas y la llamaron “La Posada El Catalán” y la pagaron a plazos y con gran esfuerzo.

La posada tenía dos plantas: una planta baja y un primer piso, en el cual había en total once habitaciones y, aparte, las de la familia. En la planta baja estaba el comedor, la cocina-despensa, una habitación con una estufa para el invierno, un despacho de mi abuelo y de mi abuela y, al lado, había una escalera que subía al pajar y, junto a esa puerta, había otra entrada por la que se accedía a las cuadras, por las que se entraba al parador de los carros y este, que estaba techado, servía para guardarlos. También había un almacén de mi abuelo para almacenar frutas y verduras. En la posada había tres puertas: dos de ellas para carros –con entrada por el Banco de la Caja de Ahorros y salida por Calle Corredera- y otra para clientes, que era la entrada principal a la posada, a la que se accedía por la Plaza Mayor.

Sobre el año 1910 mis abuelos ampliaron la posada e hicieron el segundo piso con la misma distribución que en el primero, teniendo, en total, treinta y tres habitaciones con capacidad para 45 plazas.



*Fachada Posada Catalán*

La que llevaba el negocio de la Posada era mi abuela. Mi abuelo le ayudaba en lo que podía ya que, como era Asentador de Frutas y Hortalizas en el mercado de abastos, no tenía mucho tiempo para echarle una mano. Después de mis abuelos, pasó el negocio a manos de mi madre Juana Catalán Martínez, heredera del hotel cuando murió mi abuela en 1935.

Mientras que mi madre llevaba el negocio, se llevaron a cabo grandes reformas en el hotel. La más importante fue la que se realizó al principio de la posguerra, tras la expropiación que nos hizo el Ayuntamiento de 700 metros de fachada para trazar la Calle Nueva hasta la Plaza del Rollo en línea recta. Durante dos años no pudimos reconstruir la nueva fachada, pues hasta que no terminaron las obras de la calle no nos dieron el permiso para arreglarla de nuevo. Cuando tuvimos el



*Recepción*

permiso, se hicieron varias reformas. La puerta de entrada principal al Hotel la hicimos por la Plaza del Rollo. Por otro lado, el comedor fue reformado debido a que estaba distribuido en dos habitaciones, la de la estufa y el comedor principal. Tras la reforma, se modificó para ser un solo comedor y la de la estufa, desapareció. También se transformaron las antiguas cuadras en garajes para coches. En ese año la posada pasó a ser hotel, llamado "Hotel Alicante".

El Ayuntamiento, como compensación de la expropiación, nos dio 11.000 pesetas y los puestos de las antiguas pescaderías que se utilizaban como almacenes de mercado. En el espacio ganado, mi madre habilitó una salita para nuestro uso que estaba situada estratégicamente junto a la puerta de la entrada.



*Mi madre y yo*

Otra de las reformas del hotel realizadas por mi madre fue la instalación de agua corriente en todas las habitaciones y, después, se hizo un cuarto de baño en el primer piso y otro, en el segundo.

En 1968 mi madre se jubiló y yo me encargué de regentar el hotel, aunque mi madre nunca dejó de ayudarme. En esta época se cambió el suelo de la planta baja, se reformó la escalera de subida al primer piso y se instalaron los radiadores para la calefacción.

En el hotel llegamos a tener hasta siete empleados: dos cocineras, tres criadas (entre otras, estuvieron "la tía Juana", "La Malina", "la tía Consuelo", Virtudes, Antonia, Remedios y Pilar), un mozo de cuadras -"el tío Vicente"- y un vigilante. Todos dormían en el hotel menos el vigilante.

Cuando mi madre llevaba el negocio, se daban comidas a los huéspedes y también se servían comidas a la gente de la calle. Siempre que algún



*Entrada del Hotel Alicante*

carretero le decía que le hiciera una paella, ella le ponía el plato de arroz, una ensalada, un porrón de vino y dos cucharas de madera. En el hotel se guisaba con leña de olivera, y las paellas, con sarmientos. Se cocinaba de todo: paellas, potajes, alubias de Villena, cocidos, pollos, ternera,... Las cocineras que teníamos mataban los animales que había en el corral para luego cocinarlos.

Cuando yo me encargué del hotel, todavía continuábamos con las comidas pero, a los pocos años, quitamos el comedor y, desde entonces, el hotel fue solo para alojamiento.



*Celebración de un bautizo*

Principalmente, los clientes eran viajantes que se hospedaban durante largos periodos de tiempo para vender sus productos por toda la comarca como es el caso de los dueños de Chocolates *Valor*, los de Chocolates *Tonda* y otros muchos representantes más que venían hasta con sus chóferes. Incluso, se aposentaban los trabajadores y artistas de los circos que venían a realizar sus espectáculos a Villena.



*Yo con el perro del circo*

Un pintor japonés llamado “Masaya Misimoto” también estuvo alojado en el hotel durante tres años. Pintaba todos los castillos de los alrededores de Villena, incluso, pintó a la Virgen de las Virtudes y a las chicas de etnia gitana que vivían en las cuevas del castillo. Una de ellas, recuerdo que decía: “Yo no quiero que me pinte porque luego me llevará a Japón”. Mandaba sus pinturas a su hermano que vivía en aquel país y era él el que le vendía los cuadros, incluidos los retratos que les hizo a cada una de mis hijas. Al estar tantos años en el hotel, tenía poca ropa. Por eso, “las Nochesbuenas” mis hijas le compraban jerséis y todas “las Nochesviejas” lo invitábamos a cenar con nosotros, era uno más de la familia. Mi abuela le preparaba la comida a diario y, rara vez, le dejaba entrar en la habitación en la que se alojaba porque no quería que le tocaran sus pinturas. Por eso, la habitación se la limpiaba él mismo.

Recuerdo que, en tiempo de guerra, pusieron un hospital de sangre en Villena, el cual lo destinaron para los enfermos de la guerra, y vinieron muchas enfermeras de Madrid a trabajar. Ellas vivían en el hotel. De pequeña, pasé el tifus. Entonces, una de las enfermeras que vivía en el hotel me traía unas inyecciones de vitaminas para recuperarme. Debido a esta enfermedad, me cortaron el pelo por la enfermedad de “la piojera”. A causa de los bombardeos, unas primas de Alicante vinieron al hotel a vivir y cogieron, igualmente, el tifus.

Tuvimos un médico llamado don Antonio, junto a su mujer, que se hospedó en el hotel. Eran de Canarias, se conocieron estudiando en Granada y vinieron a Villena por motivos de trabajo. A este señor se lo encontró mi hermana Maruja paseando por la calle y le dijo que si le podía indicar algún sitio en el que poder alojarse por una temporada y mi hermana le dijo que se fuera con ella, porque, a partir de entonces, se iba a quedar, siempre que viniera a Villena, en su casa. El muchacho se quedó muy impactado debido a que no te solías encontrar a gente por la calle que te dijera que te fueras a vivir a su propia casa. Vino con una maleta muy grande porque también era militar y, cuando pasaron los años, se instalaron en una casa de alquiler en Villena y ganó mucho dinero. Este médico, precisamente, fue el que me diagnosticó una

gran hepatitis y, gracias a unas inyecciones, me recuperé. No todo el mundo se sanaba de estas enfermedades.

Curiosamente, tuvimos hospedados tres secretarios del juzgado de Villena, que eran compañeros, los cuales se llamaban los tres don Juan.

Muchísimas han sido las anécdotas vividas en el hotel. Claudio era un carretero que todas las semanas pasaba por el Hotel para dejar huevos de gallina. Un día dejó más de lo normal debido a que se habían roto muchos de ellos y me dijo que sacara una olla muy grande y que me quedara con todos los huevos rotos. Al día siguiente vino un pastor con un rebaño de cabras con las ubres muy cargadas de leche, el cual me dijo que sacara una olla bien grande para que pudiera ordeñarlas y que, a cambio, me quedara con la leche. Entonces, mi madre pensó que si tenía huevos y leche “en cantidades industriales” por qué no comprar lengüetas y azúcar y hacer natillas para todo el pueblo. Y así fue. Repartimos este postre entre todos los vecinos de Villena, reservando otra gran cantidad para los clientes del hotel.

En otra ocasión, una noche de un miércoles, me llamaron para que bajara, ya que el vigilante del hotel estaba hablando con dos policías que decían que debían quitar el coche fúnebre que había en la plaza porque de madrugada iban a venir a montar el mercado de los jueves. Como el coche tenía una matrícula francesa, llamé a mis clientes hospedados que eran los propietarios del vehículo para que lo movieran de allí. Yo no sabía francés por lo cual, tuve que llamar a mi hermano, apodado “el Tío Pepito”, que sabía algo de francés, para que les explicara lo que estaba sucediendo. Finalmente, quitaron el vehículo de allí y los mercaderes pudieron empezar a montar el mercadillo de Frutas y Tejidos que se montaba en medio de la plaza lo que es ahora La Plaza del Rollo.

Otra de las anécdotas trata sobre la muerte de un cliente del hotel llamado don Juan. Una mañana mi madre le dijo a Pepa, una chica de etnia gitana que nos ayudaba en el hotel, que subiera a la habitación 8, que era en la que se hospedaba, para decirle que bajara a desayunar, porque ya eran las 10 y no lo había hecho. Así pues, subió a la habitación y no pudo abrir la puerta

porque él todas las noches se la dejaba cerrada. A este señor le dio no se sabe qué por la noche y murió, por lo que tuvimos que llamar al juzgado para que levantara el cadáver y abriera la cerradura para que lo pudieran llevar al cementerio.

Fue en el año 1992, cuando, finalmente, me jubilé, debido a que la carretera nacional dejó de pasar por Villena al construirse, años antes, la autovía Madrid-Alicante, disminuyendo, por ello, el hospedaje. El hotel se cerró y pasó a ser propiedad municipal.

**Desde finales del siglo XIX hasta el año 2008, en Villena existió una casa, llamada finalmente el HOTEL ALICANTE, que hospedó a muchas personas que pasaron por la ciudad de Villena y en la que vivieron cuatro generaciones. Mi abuelita “Manín”, que pertenece a la tercera generación, dedicó gran parte de su vida a regentar el hotel, trabajando y luchando mucho para seguir adelante, siempre con orgullo de poder vivir en una casa como esa.**

**El hotel se derribó en el año 2008 y con el tiempo empezaron la construcción del “Centro de Mayores” de Villena, instalación en la que se ofrece una variedad de servicios para las personas de la tercera edad.**

**Hoy en día mi abuela, de vez en cuando, entra en el nuevo edificio y sigue pensando que entra en su casa.**



*Fachada Hotel Alicante*



*Fachada Centro de Mayores*

## **AGRADECIMIENTOS**

Mis más sinceras gracias a:

- Mis familiares por todo lo que me han contado.
  
- Mis padres por su ayuda y su paciencia.
  
- Y, sobre todo, a mi abuelita “MANÍN” que sin su ayuda no habría podido realizar este trabajo.

## **BIBLIOGRAFÍA**

Para hacer este trabajo he recibido la ayuda de mi abuela, a la cual entrevisté todos los viernes de noviembre de 2015.